

## Poéticas

## Poemas de la deriva

Miguel Sánchez-Ostiz, o cómo ser John Silver

*"Permanente es el estado de fuga".*

Miguel Sánchez-Ostiz

Bajo el título *La marca del cuadrante* (Pamiela, 2000), Miguel Sánchez-Ostiz (Pamplona, 1950) reunió su obra poética escrita entre 1979 y 1999. Al decir del propio autor el conjunto es "el relato, fragmentado a la fuerza, de un viaje y de sus sucesivos descubrimientos". Un viaje de ida y vuelta, huída, "pulsión que me empuja tanto a la búsqueda del arraigo, cifrado en la nostalgia de la casa perdida, en el regreso continuo a un lugar que llamar mío, como al desarraigo y al sentimiento profundo de no tener lugar que llamar de verdad propio, como no sean mis palabras y mis páginas literarias".

Al igual que cualquier cartografía que se precie, *La marca del cuadrante* diseña rutas que confieren realidad al litoral de todas las voces que dictan la identidad de un hombre. Dos cabos tensan la travesía de la fuga desde los simulacros de lo real hacia la vida de aventura, imaginada y tal vez posible. Para Sánchez-Ostiz como para el joven Jim Hawkins, Ismael, Axel Heyst o el intempestivo Moravagine, la vida está, bajo la advertencia de Rimbaud, siempre en otra parte.

La huída y el retorno cifran los rumbos en este cuaderno de bitácora. Pulsiones de una identidad en fuga. Cada libro de Sánchez-Ostiz es la crónica de una tentativa fallida, en ellos se levanta un escenario donde se representan variaciones del aprendizaje de la decepción.

## La huída

Bajo las oníricas presencias de José María de Ucelay (*La cena del capitán Melión de Mendezona*), Sánchez-Ostiz ensaya en *Crónica fabulosa del capitán Don José Miguel de Amasa* los márgenes de su particular purgatorio: un mundo sumido en un haz de luz informe, acosado por "todos los sueños de una vida ficticia": La aventura, lo desconocido, la sed de horizonte, las islas, todos los reversos de los espejos, y demás escenificaciones del deseo, deriva en pos de la propia imagen. Territorio entre brumas de la vida posible; espacio mítico "entre cielo y agua", una especie de arcadía donde tal como advierte la inscripción también la muerte acontece.

El carácter dramático de este escenario del mar y las islas cede a la farsa en *El viaje de los comediantes*: Las voces poéticas devanan sus acciones sobre tarimas y entablados que emulan calles adoquinadas, tascas marineras, en las que siempre sorprende a un actor disfrazado de naufrago un simulado amanecer como "un lienzo que el viento agita". "Torpes artes de la escena: palabrería y humo frío en el paraíso". Tras los tímidos efectos de la trama y la estéril estrategia de la escena y el disfraz crece el miedo: acaso no exista otra realidad que lo figurado, el sueño y su impostura, y sin embargo sus puertas siempre abiertas.

... borra todo temor blanco, toda  
blanca soledad,  
condúceme a la piedra oscura,  
dame de beber en la copa en cuyo  
fondo  
la memoria se hace noche.

*Travesía de la noche* se erige en escenario del bosque, la quimera del sueño, la promesa de todo amor, la aventura permanece momentáneamente a resguardo en la enramada antes de tomar conciencia de que somos a un tiempo la partida de caza, los ingenios de cetrería, la red, la presa a la fuga y esa secreta certeza de nunca po-

der darle alcance, nunca poder abrirla. Arden los bosques como antes lo hicieran los teatros. Ahora la única realidad posible es la jauría, el aliento de la embestida en la nuca para recordarnos la huída sin fin a la que pertenecemos.

*Nada de todo aquello  
fue cierto.*

*Ni allí ni en ningún  
otro sitio*

*pusiste los pies.*

*Hablarás de una casa*

*en la nieve,*

*pero ignoras que el país fue*

*arrasado.*

*Una voz, una mano cerrando*

*unos ojos*

*en el centro de la noche*

*con la vaga promesa de un*

*sueño inmóvil.*

Con *De un paseante solitario* y *Reinos imaginarios* Miguel Sánchez-Ostiz hace recuento de sus colecciones de cosas y gestos; pecios de la memoria, secuencias literarias rescatadas de sus muchos viajes por la vida de otros. Objetos en los que en vano nos hemos guarecido, tristes inventarios de nuestras pieles, crónicas de insípidas mudas.

*Lluvia, siempre lluvia de abril,  
lenta, adormecedora.*

*Me esfuerzo en pensar tierras más  
cálidas.*

*Ignoro cómo son, cuáles sus  
colores*

*y sus luces. Sólo sé de relatos*

*de viajeros, de vidas de otros.*

*Fuera de esta lluvia, de este jardín*

*en el que ya verdean los tilos*

*y de alguna de las cosas*

*que tan tenazmente amé,*

*y que ya la carcoma, los roedores,*

*la humedad,*

*qué sé yo, están destruyendo, como*

*a mí mismo*

*otros males menores, no conozco*

*gran cosa.*

## El retorno

Con *El otro sueño del caballero* (referencia explícita a otro cuadro, esta vez de Pereda), *Invencción de la ciudad* y *Carta de vagamundos* se dan por concluidos los años de de-



riva, se asume la condición de naufrago. Ceden las arquitecturas del sueño, surge el más voraz de los simulacros: la ciudad, donde "la única meta posible es partir". Concluye el viaje, comienza la errancia. Persisten los inventarios, en esta ocasión de gentes, rostros, identidades apenas, voces entre el susurro en sombra de otras voces que se prestan, intercambian o comercian con sus mensajes de socorro.

Ciudad que es "ciudadela, fortín aislado y fronterizo, penal sin retorno, plaza fuerte adelantada en la tierra de nadie"; ciudad deudora de aquella otra "recoge perdidos" que radiografiara Luis Martín-Santos, con "sus enfermedades incurables, crónicas y a la postre mortales". Ciudad de espaldas a los bosques y demás templos, alzada sobre aguas muertas, inventario de estanques, laberinto, purgatorio, vientre al fin de la ballena donde fraguar hábiles y silenciosas tentativas de existencia que salven a penas nuestros insomnios.

Con *Aquí se detienen*, Sánchez-Ostiz vence el germinal desarraigo que impulsó su viaje. Afirma el camino, desecha la posibilidad de un retorno a la casa, a cualquiera que no haya levantado él mismo con sus propias manos; "fundar hasta el propio nombre, la propia vida" y hacerlo con palabras que es la forma hábil de habitar la errancia. Para salvar los precarios simulacros que somos, tejemos cada vez nuevos y fugaces espejismos.

Sánchez-Ostiz vigila, ahora, la ensonada apostado en alguna ventana del *El almirante Benbow*. Inventaría atardeceres, recopila escenas, sonrío las audacias de la vieja pulsión... en ocasiones también escruta el horizonte y aguarda a que alguno de esos buques traiga noticia de las últimas publicaciones, acaso algún ejemplar de *Young Folks Magazine*, donde tiene entendido se recogen episodios de su vida posible.

*Tenía, tuve, tengo cosas,  
perdidas, encontradas,  
atesoradas,  
robadas también, ay, su hueco.*

...

*yo veía,  
veía en las cosas otras vidas que  
eran la mía  
otras vidas que hacía mías.*

...

*nada de eso se ha quebrado, nada,  
estoy seguro, nada ha hecho agua,  
están casi, casi como cuando,  
con más alegría,  
está todo intacto en el fondo de ti,  
en el fondo de mí.*

Jon Obeso Ruiz de Gordoa

## Como herida

Aunque en la sociedad literaria se le conozca a este escritor como novelista, y, sin dejar de serlo, hemos de advertir que la poesía no ha sido en Miguel Sánchez-Ostiz un recurso literario, sino una manera de vivir. Se repare o no en ella, tanto en su narrativa o en sus ensayos —primorosos, los que dedica a Baroja, únicos en su tiemblo—, en todas sus páginas hay una herida poética de calado sutil e intrasferible, atrapada a la piel, por dentro y fuera: a la piel del autor, del tiempo, de su ciudad, la ciudad, de su mirada, la mirada de la ciudad y el escritor, juntas, clavadas en su amor o en su manía, que era el verdadero amor, según los clásicos. Así, Sánchez-Ostiz aparecerá por siempre estampado en la biografía de Pamplona, como lo hicieron antes Pío Baroja, eso, Félix y Leoncio Urabayen, biógrafos de su interior, Ángel María Pascual, también, Pablo Antoñana, además, Rafael García Serrano, incluso, o José María Iri-

barren, porque Sánchez-Ostiz es quien dijo que la Plaza del Castillo es una mañana de invierno con sol. Le pasó igual a Baroja: lo narrativo ya sustanciaba la licuación poética y sus versos formales no eran sino la intrámina del mismo discurrir narrado.

Es difícil distinguir al confundirse en Sánchez-Ostiz al novelista del poeta. Personajes, rincones, acentos, maneras de mirar se duplican de miles modos en sus textos narrativos y en su obra poética. Desde que se publica su primer libro de poemas, *Pórtico de la fuga* (1979), inventario de un estado de conciencia, hasta que aparece el poemario *Invencción de la ciudad* (1993), Sánchez-Ostiz dio a conocer otros libros —*De un paseante solitario* (1980), *Reinos imaginarios* (1980)—, si bien no ha dejado de escribir poesía con cierta

y escasa regularidad. Invencción de la ciudad es el poemario donde se convocan todas las referencias que sobre *la ciudad*, Pamplona por dentro y fuera, el escritor ha ido anudando y desanudando en sus novelas. En este poemario se explica, una vez más, la doble atadura del hombre a su propio espacio inevitable, como cuando dice en estos versos:

*Porque la propia ciudad suele ser  
una ciudad para morir  
y a la vez imprescindible.*

Ahí anda buscando el poeta ese espacio y esa luz que todos poseemos para, como animaba Stevenson, ayudarnos a caminar rectamente hacia delante, lo que, como dijo recientemente Sánchez-Ostiz, es una apuesta extraordinaria y temblorosa. Menuda apuesta.

Félix Marañón